



JIMMY BARRIOS RODRÍGUEZ

TANGIBLE TRANSPARENCIA

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares el *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Dedico este libro a mi madre, quien nunca ha dejado de creer en mí y ha sido la base para la realización de todo en mi vida.

Los sueños... ¿Cómo sé que no es la realidad uno? La muerte... decían que era otra vida. Tenían razón”

Índice

Sinopsis.....	6
Capítulo I.....	7
Capítulo II.....	15
Capítulo III.....	22
Capítulo V.....	42
Capítulo VI.....	54
Capítulo VII.....	65
Capítulo VIII.....	68
Capítulo X.....	86
Capítulo XI.....	95
Capítulo XII.....	106
Capítulo XIII.....	114
Capítulo XIV.....	128
Capítulo XV.....	137
Capítulo XVI.....	156
Capítulo XVII.....	179
Capítulo XIX.....	197
Capítulo XX.....	208
Capítulo XXI.....	212
Capítulo XXII.....	217
Capítulo XXIII.....	226
Capítulo XXIV.....	231
Capítulo XXV.....	234
Capítulo XXVI.....	245
Capítulo XXVIII.....	271
Capítulo XXIX.....	283

Sinopsis

Matt es un chico de tan peculiar comportamiento y pensar que solo se siente a gusto charlando con un árbol al que su pensamiento da vida, creando así un interesante soliloquio que cobra existencia en un bosque de Saint Bernard, Irlanda, luego de haberse mudado con su familia de Venezuela en donde vivió una infancia trágica debido a un grave trastorno mental. Allí comienza a ajustarse a los extraños sucesos que poco a poco van adhiriéndose a su vida, dejándolo prácticamente sin opciones, más que descubrir el papel de los misteriosos sueños en los que con facilidad suele confundir con la realidad, los cuales le dejan un mensaje cubierto por un importante aprendizaje sobre la existencia; pero no está solo, contará con el apoyo de una hermosa chica pelirroja que aparece de la nada y con la que irá involucrándose en un significativo enamoramiento, al igual que el apoyo que le brindarán Thom y Robert, dos chicos fuera de lo común e infiltrados en una burbuja de perturbaciones mentales. Ligado a esto, se suma el protagonismo de un asesino de particular gusto por chicas de cabello rojo y que amenaza con su bienestar mental, acercándolo de nuevo a una regresión de su infancia.

Así se refleja la carrera contra el tiempo y la exposición de conocimientos que irán juntando las piezas de un rompecabezas abstracto, teniendo como reloj de arena la vida de las chicas que poco a poco irán muriendo a merced de un asesino que inconscientemente cuenta con una ayuda paranormal en otro plano existencial, obligando a Matt a empaparse con temas que van más allá de lo que acepta su racionalidad; arrojándolo, a medida que profundiza el acercamiento con el homicida, a una vida de dolor, sufrimiento y agonía que incluso cobra vida en sus sueños.

Capítulo I

Art no decía nada al principio, se mantenía callado como el viento sereno que no tenía ánimos de arrastrar las hojarascas, permanecía con una mirada impassible en ocasiones en las que parecía estrellarse con un muro por sus propias palabras, exactamente igual a un diente de león en lo alto de una campiña, yéndose con cada hilo de brisa. Aunque yo era muy pequeño para entender de la cosmogonía, al menos lo más complejo, Art y yo constituíamos un pequeño universo con el gran potencial de brillar más que el Sol que conocíamos, pero era más prudente no hacer mucho alarde de nuestra luz, de nuestros planetas, de nuestros anillos de rareza, de nuestras ondeantes y a veces turbulentas corrientes gravitacionales. Le observé en varias ocasiones alejarse de mí como atraído por una fuerza seductora sobrenatural potente y peculiar, ahora que tenía más edad, comprendí que ese poderío era llamado “recuerdos”. Ellos hacían que el suelo que pisabas sufriera una transfiguración, se hiciera espeso como la ciénaga y te absorbiera, incluso el clima, y con él la temperatura, tenía la potencia de guiarnos como marionetas atadas a hilos incandescentes hasta los aposentos de las imágenes recreadas por estas memorias tan vívidas como si apenas estuviesen ocurriendo. Una vez le hice una pregunta, y me sentí como adulto, solo porque mi cabeza repitió un patrón que los mayores solían repasar en esos momentos condicionados por una atmosfera circunstancial. Le había preguntado el porqué de su expresión, como si alguna vez hubiera pertenecido al cielo, y ahora era un pedazo de firmamento vilipendiado y pintado de rosa suave como el arbol, mirando en ese instante el horizonte con la luz tenue del atardecer en sus ojos, él contestó luego de un largo silencio en el que contemplábamos el ciclo natural, la agonía del día y pronto el nacimiento de la noche.

- Solo son pensamientos de lo que pudo ser, no tienes que preocuparte por mí. Y cuando sientas que algún día estás en mi lugar, recuérdame. Por ahora, vive los sueños de la infancia.

No sabía si era bueno sentirme mal en ese instante fugaz, no comprendía mucho lo que decía, porque aunque había dicho algo que sugería la exhortación de no preocuparme por cualquier tipo de problemas, aquellas palabras revolcaron en mí las llamas de una tranquilidad sobre que siempre estaría cerca de mí. De cualquier modo, no me gustaba que sonara como si algún día se marcharía.

Después de nuestros días de compañía, muchos años después de acostumbrarme a él, a su extraña existencia en este mundo, a la especialidad que él tenía para solo ser visible a mis ojos, vinieron las pastillas antipsicóticas, los frascos que olían a hospitalización, las píldoras blancas que me recordaban a las cofias de las enfermeras y sobre todo a sus zapatos blancos, quizás porque poco era cuando levantaba el rostro y veía los gorros, y mucho lo que lo mantenía abajo, los potecitos como batas de doctor que me

hablaban con voz chirriante de directora de primaria – ¡Tienes que tragarme si quieres estar bien! ¡Debes hacerlo! ¡Papá y mamá así lo quieren, sé buen chico, haz lo que te dicen Matt! –y me parecía ver que una boca de labios rosas se contorsionaba como una flor, o una falta de onduladas que escupía saliva en mi cara. Sabían amargas, me tragaba las intranquilas figuras que algunas veces se transformaban en lombrices como las que una vez vi que los indios de El Amazonas solían sacarla de los troncos de los árboles, ellos golpeaban la madera para que las muy asustadas salieran, o metían minuciosamente un palillo para extraerlas desde sus agujeros, la metían en sus bocas y masticaban como si fuera un dulce, otros la mordían a la mitad y los órganos salían del cuerpo hasta caerse, podría ser que mi mente se quería negar al efecto que me causaban, porque la mayor parte de tiempo me hacían dormir, hacían que mis pupilas lo vieran todo en exceso soporífero, hasta el punto de catalogar mi entorno como una película de bajos recursos y guion sin sentido, así que terminaba por mecirme de un lado a otro, ya fuera en la orilla de la cama, el sofá, e incluso algunas ocasiones en clases y por eso dejé de asistir algunas veces hasta casi perder el año de no ser porque mamá hacía mis tareas y las llevaba, el nocaut me tiraba de un lado, al principio me recogían del suelo desmayado del sueño, y cuando ya se hizo costumbre, tenía que buscar maneras de acostarme para no tener que despertar con hematomas en la cara. A veces despertaba por la incomodidad provocada por alguna extremidad en la que me posaba sobre ella hasta crear una presa en la que la sangre luchaba por pasar, luego un cosquilleo y una molestia, después tenía que levantar la parte para sentarme, y siempre lo hacía con un gruñido, o el *¡Ay!* de un ventrílocuo. Los efectos secundarios variaron al principio, porque me hicieron probar pequeñas dosis de antipsicóticos atípicos; prolixin, navane, hadol, y entre otros de nombres poco fáciles de recordar para mí. El peor efecto, era el ya mencionado, otro, era la dificultad para moverme, o me quedaba mirando la nada por extensos minutos casi sin parpadear, también se reseca mi boca y otras veces me provocaban náuseas. Al final, la clozapina –la cual apodé Sra. Clozapina – fue el nombre que con más frecuencia veía en un pote del que mi mamá extraía las píldoras y partía los gusanitos dándome una mitad, pero personalmente, no sirvieron para nada, más que para mantenerme bobo, porque siempre seguía alucinando e intentaba callar.

Mis hermanos me miraban de manera sardónica, pero la menor se esforzaba más por parecer odiosa, cosa que también entendí más adelante. Si estaban untando el pan con mantequilla, me daban su atención, y aunque yo mirara lo que estaban haciendo para alertarles de que podían rebanarse la mano, ellos eran indiferentes de si se cortaban o no. Yo tenía toda la atención de padres por mi “patología”, y ellos solo excusas en las que mi nombre relucía como un pedazo de metal pulido a mitad del desierto, e incluso como las mismas pirámides de *Guiza*.

Cuando salíamos al parque los sábados, muchos dedos índices indiscretamente me señalaban, y visualizaba en aquellas manos conocidas armas de rayos laser que me perforaban con prejuicios de cosas que sé que no era capaz de hacer, eras las mamás de mis

compañeros de escuela, y los fines de semana, amigos del parque. En ciertas ocasiones en las que ellos a escondidas de los ojos vigilantes de sus madres se escapaban para acercarse a mí, me comentaban inocentemente de las patrañas que hablaban sus mamás; cosas como que podía darme un ataque repentino y golpear a un niño, morderlo o patearlo, y en el más grave de los casos, empujarlos del tobogán y así causarles un daño terrible, así que les habían prohibido la cercanía hacia mí, y yo no hacía más que sorprenderme ligeramente sin entender el por qué, tampoco le hacía mucha cabeza a eso de estar solo, porque no era así, Art estaba a mi lado, y creía que podría tratarse de aquella llamada patología, ¿la gente se podía convertir en pato? Pensaba muchas veces, y si era posible ser un ganso, volaría al Ávila las veces que lo deseara, solo que no sería posible patinar en la pista de hielo, me resbalaría.

El proceso para convertirse en ganso era extenuante porque tenía que ver al “sulocogo”, como torpemente le llamaba a quien tenía que ver tres veces a la semana. Él me hacía muchas preguntas, y me sentía obligado a responder, pero más que eso, era una presión, el color de la silla, su escritorio negro que me llegaba al pecho, parecía que tenían agujas y me movía mucho, también me sentía sofocado, era lo terrible de las consultas, sentirse en un horno donde la temperatura excedía los trescientos grados, y si fuera así realmente, estaría muerto, o formaría parte de un nuevo tapiz en la silla acolchada de cuero inflexible. Al final de las cuestiones me hacían salir, y temía que fuera porque Art a veces estaba a espaldas el psicólogo viendo a través de la ventana y yo intentaba llamar su atención “moviendo” algún objeto, o haciendo tronas mis dedos, entonces creía que él sujeto se molestaba y harto de mi conducta me saca de la habitación, así que me decía tonto por no hacerle caso a Art y hacer como si él no estuviera allí, o me metería en problemas, otras veces se iba, pero yo lo llamaba murmurando y aparecía. Dylan, que al principio ejerció de psicólogo y luego sus otros títulos de psiquiatra y terapeuta, de apenas treinta años, me preguntaba frecuentemente por Art, y aunque intentara en vano evadirlo, “moría en la orilla después de tanto nadar” y le contaba una que otra cosa mientras él solo asentía y no abandonaba su postura física, las manos delante de él con los dedos entrelazados formando un nudo, su cuerpo erguido y una expresión amigable que parecía forzada.

Los meses fueron pasando, me había quedado casi sin amigos desde que me habían diagnosticado aquella enfermedad mental grave, y de eso solo unos meses, afortunadamente, de la docena de allegados que siempre jugaban conmigo, solo tres se quedaron a mi lado después de que en un tiempo intenté alejarlos, ellos eran Daniel, César y Andrea.

Tontamente pensaba siempre –por querer ignorar que era algo grave– que mi patología era una metamorfosis, así sentía que no era tan malo, pero pasaron semanas, y luego meses, y no me habían crecido alas, no tenía un pico, no había membranas en mis pies, solo había preocupación, incomodidad e inconformidad con un encierro al que ac-

cedí porque me habían comprado una *playstation*, y aunque mis papás nunca me habían dicho que era para mantenerme en casa, la idea era obvia.

En clases nadie era capaz de hacerme algún tipo de daño físico, eso era lo bueno, porque me temían, y víctimas de su ignorancia infantil y de sus comportamientos de básica, hacían un círculo a mi alrededor que iba rotando con cada paso que daba, los niños de uniforme parecían un harén, murmuraban tonterías hechas frases con una frase que no podía faltas “loco”, pero no todo era gris en la vida, existía un color más oscuro, uno falto de luz, la vida en la escuela también podía ser negra, y una de mis oscuridades, el líder de hecho, llevaba anteojos como los de *Harry Potter*, pero él era un “dementor”, un dientón frustrado por querer tener un buen trato de sus padres, y que por ser muy inteligente, descubrió que los rumores no eran tan ciertos, así que osaba a halarme del cuello de la camisa hasta reventarme los botones, otras veces me daba patadas en el trasero, o cuando salíamos de hacer deportes, me tomaba de los pies y me arrastraba por el suelo, yo era muy tímido y no sabía pelear, no podía hacer mucho, y mi incapacidad por hacerle frente me encerraba en un saloncito con una frase pintada en negro de conformidad “no es nada”. Art solía enroscar sus puños y ponerse rojo, se sentía indignado y furioso por no hacer nada más que decirme las cosas que deseaba hacerles, eran oraciones llenas de patadas, golpes, bofetadas y al final un “los voy a...” que jamás terminaba de oír. Un día... no, de hecho, un perfecto día, Fabricio me había tomado del cabello, él tenía un ojo morado, su padre le había dado una paliza, y yo era el desquite, así que me llevó a un salón para como blanco de golpes. El primer puñetazo lo dio con todas sus fuerzas en mi boca, pero yo seguía firme, esa vez mi manera de retarlo fue la menos convencional, así que me dio otro en la frente y mi cabeza se sacudió, él me decía palabras que estaban prohibidas para nuestras edades, y continuó, pero esta vez no pude sostenerme, y con un nuevo puño sobre el impacto del primero, caí boca abajo dando un giro, y vi unos zapatos negros, relucían mucho, y los pantalones eran del mismo color, la cuestión es que cuando comencé a subir la mirada para ver de quién se trataba, me desmayé por completo. Cuando desperté, aún seguía en el salón con la boca llena de sangre, como la de un lobo al devorar a su presa, o un vampiro era la descripción más exacta, pero yo era en realidad una víctima. Luego de limpiarme, la campana sonó varias veces seguidas, yo seguía mirándome en el espejo del baño con la boca hinchada. El toque consecutivo significaba la suspensión de clases, e inmediatamente el por qué fue un tsunami entre los estudiantes, y que medio colegio lo vio. Fabricio estaba muerto, se lo había llevado una ambulancia mientras yo estaba limpiándome, solo una cosa era divulgada con total credibilidad, él había salido corriendo de la nada, subió las escaleras a trompicones y llegó a la azotea, se paró en el borde por menos de un minuto mientras algunos profesores le gritaban que bajara, pero él súbitamente se lanzó de cabeza. Había dejado un manchón de sangre que extrañamente jamás llegó a borrarse por completo del piso de la parte frontal de lugar. Mi odio no era de raíces fuertes. Todos, inclusive yo, fuimos a su funeral y entierro, al que por cierto asistió una gran multitud, aunque inex-

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

